

Congreso de Lisboa: “*Jóvenes y Rutas*”
20 Aniversario *Observatorio Permanente Juventud* (PYO)
(27 febrero 2009)

Conferencia inaugural
“*Trayectorias y Transiciones. ¿Qué Rumbos?*”

Enrique Gil Calvo
Univ. Complutense, Madrid

La rueda de la fortuna ***Giro en la temporalidad juvenil***

El concepto de juventud alude a una categoría temporal tanto si la entendemos como clase de edad, como generación o como etapa biográfica. Y dentro de la temporalidad juvenil conviene distinguir dos conceptos inter relacionados: el de trayectorias y el de transiciones. La trayectoria es el itinerario completo que traza un joven desde que empieza a serlo, cuando abandona su infancia, hasta que lo deja de ser, cuando entra en la edad adulta. Esta trayectoria dibuja un todo unitario cuya historia natural empieza con el nacimiento del joven, tras el parto de su adolescencia, y concluye con su muerte, de la que se renace como adulto. Y por transiciones cabe entender cada uno de los episodios consecutivos en que se descompone esa trayectoria, sucediéndose como fases transitorias a todo lo largo del ciclo de vida juvenil: escolaridad, búsqueda de empleo, inicio de la carrera laboral, noviazgo y emparejamiento, formación de familia, conquista de la posición adulta...

La distinción entre ambos conceptos relacionados también puede ilustrarse entendiendo la trayectoria como una estrategia y las transiciones como si fueran tácticas. La trayectoria es el resultado último de la estrategia personal adoptada como hoja de ruta durante la juventud para planificar la construcción del futuro adulto, identificado con ciertos objetivos de estatus y movilidad social (Gil Calvo, 2001). Mientras que las transiciones juveniles son las tácticas esgrimidas a corto y medio plazo para tratar de alcanzar, a la luz de las oportunidades disponibles, los objetivos estratégicos previamente adoptados. Ahora bien, sea en un sentido u otro, ambos conceptos incluyen un cierto cálculo temporal, planteado a largo plazo para las trayectorias y a corto y medio para las transiciones. De ahí que pueda entenderse su relación mutua como en la fábula de la cigarra y la hormiga: esta última está especializada en trayectorias, como vigía que calcula estratégicamente su destino futuro aplazado en el tiempo, mientras que aquella otra es experta en transiciones, dada su miope táctica de vivir al día.

Pero si se trata de comparar tiempos, antes de entrar a distinguir trayectorias y transiciones conviene centrar brevemente la atención, a modo de preámbulo, en dos modalidades distintas de la magnitud tiem-

po, tal como las diferenció el célebre biólogo evolucionista Stephen Jay Gould (1992). De una parte está el vector o la *flecha del tiempo*, que es el sentido finalista, irreversible y teleológico al que conduce el continuo devenir del tiempo lineal, cuando los momentos sucesivos se encadenan en una secuencia ordenada por relaciones de causa a efecto que apuntan a una dirección predeterminedada. Así sucede con la filosofía de la historia centrada en la meta del progreso, con la teoría de la evolución selectiva de las especies, con la teoría sociológica de la modernización y con el concepto central de la sociología de la juventud, que es el proceso de emancipación juvenil entendida como integración adulta.

Y de otra parte tenemos el ciclo o la *rueda del tiempo*, que describe la recurrente reversibilidad del tiempo circular, cuando sus periódicas variaciones momentáneas oscilan al alza o la baja para componer al agregarse un equilibrio estacionario que no se desplaza en ninguna dirección definida. Así ocurre con los ciclos diarios, semanales, lunares y estacionales (anuales en tanto que solares), con los ciclos astronómicos y económicos y con aquellas teorías de la historia y la sociedad que se resisten a reconocerles ningún destino final: “un cuento narrado por un idiota que no tiene sentido” (Shakespeare), el “eterno retorno de lo mismo” (Nietzsche), “nunca hay nada nuevo bajo el sol” (Giddens), etc.

Pues bien, esta dicotomía temporal también puede aplicarse al tiempo de la juventud, y más específicamente a las trayectorias y transiciones juveniles. Es lo que me propongo hacer aquí, al sugerir que estamos asistiendo a una metamorfosis de las estrategias y las tácticas de los jóvenes, que hasta hace poco eran de tipo lineal, finalista y progresivo (flecha del tiempo), al estar programadas para generar su futura inserción adulta, pero que ahora se han convertido en circulares, estacionarias y autorreferentes (rueda del tiempo), pudiendo resultar eventualmente disfuncionales (o neutralmente no funcionales) en la medida en que dejen de servir para programar la futura integración adulta.

Para ello dividiré mi exposición en tres partes. En la primera relataré los cambios de la estructura social que explican la presente metamorfosis de la temporalidad juvenil. En la segunda analizaré el cambio de las trayectorias juveniles, que han dejado de ser lineales y teleológicas para hacerse circulares y contingentes. En la tercera me centraré en los mecanismos de transición a la vida adulta, que a causa de su inconsecuencia han dejado de ser necesarios, decisivos y cruciales para convertirse en accesorios, irrelevantes y banales. Y en la última describiré el nuevo paisaje de segregación juvenil que parece abrirse ante la vista como efecto emergente de esta temporalidad circular.

1. Desestructuración y desclasamiento

Con objeto de sintetizar una sucinta introducción histórica, conviene desglosarla en una secuencia de tres fases diferencias. Comencemos por la vieja sociedad industrial, construida entre 1850 y 1950 como una sólida, rígida y jerárquica estructura de clases. En aquel periodo, los itinerarios juveniles trazaban una trayectoria de clase que estaba *predeterminada* por la posición ocupada por la familia de origen, sin margen

apenas para la movilidad ascendente. Así, cada joven estaba predestinado a alcanzar el estatus adscrito por su origen de clase. Y en consecuencia, cada clase social (a un lado campesinos, obreros y empleados; al otro propietarios, profesionales y empresarios) poseía su propio modelo segregado de transición a la vida adulta, sin más común denominador que la universal discriminación femenina. Entonces sólo las clases burguesas aplazaban la emancipación de sus hijos varones, que prolongaban su juventud socializándose en la subcultura estudiantil. Mientras que en las clases subordinadas la juventud duraba muy poco tiempo, pues la inserción adulta se producía a edades muy tempranas con arreglo a rituales segregados privativos de cada subcultura de clase.

Tras la II Guerra Mundial, la solidez de la estructura de clases se permeabilizó bastante, abriéndose un gran espacio para la movilidad social. Ello fue posible por el crecimiento de los salarios reales, que aburguesó a la clase obrera integrándola en la sociedad de consumo de masas, y sobre todo por la universalización del Estado de bienestar, que prolongó y democratizó la escolarización académica garantizando la igualdad de oportunidades entre todos los jóvenes y haciendo cada vez más creíble el ideal de la meritocracia. En consecuencia, los hijos de las clases trabajadoras acumularon capital humano y accedieron a la universidad, logrando escalar posiciones mucho más elevadas que las de sus padres en la estratificación social. Así fue como la trayectoria juvenil comenzó a emanciparse del origen de clase, pasando a estar *autodeterminada* por el esfuerzo personal de cada joven en función de su rendimiento académico. De este modo, las diversas transiciones a la edad adulta, antes segregadas por clase social, empezaron a homogeneizarse, quedando diluidas en el común denominador de una subcultura juvenil producida por la industria del ocio y consumida con los grupos de pares: una subcultura juvenil cada vez más universal que, a partir de su origen estudiantil, pasó a definirse por el culto al ocio hedonista (sexo, drogas y rocanrol) y el desprecio al trabajo manual (Coleman, 1989).

Sin embargo, tras el impacto de la crisis económica internacional que se saldó con el advenimiento de la globalización (primacía del capitalismo financiero), la naciente sociedad post-industrial comenzó a desestructurarse por efecto de la movilidad geográfica (flujos migratorios) y la precariedad laboral (deslocalización y externalización del trabajo temporal) para fragmentarse y disolverse en la llamada modernidad líquida (Bauman, 2002). Se produce así una nueva división en clases sociales que ya no es estructural, rígida ni estable sino coyuntural, volátil y de geometría variable, pues sus múltiples líneas divisorias (*cleavages*) se dislocan y recomponen al compás de crisis cíclicas cada vez más recurrentes, liberando a los sujetos de su anterior anclaje vitalicio a las posiciones de clase que ocupaban para pasar a flotar libremente impulsados por unas fuerzas de mercado que el Estado ya no puede controlar. No obstante, tras su aparente borrosidad desestructurada, esta nueva estratificación social presenta cuatro rasgos muy significativos.

El primero es la progresiva generalización del trabajo femenino en todos los sectores de la economía, como consecuencia del sostenido

incremento del capital humano de las mujeres. Esta tendencia de largo alcance está muy lejos de consumarse, pues allí donde más se ha intensificado, que es en el norte de Europa y de América, continúa persistiendo de modo residual pero muy resistente una grave segregación profesional y una injusta discriminación salarial por razón de género. Pero pese a ello, el acceso de las mujeres al espacio público ha hecho posible que por primera vez se emancipen de su anterior sumisión familiar gracias a su nueva independencia económica, lo que les permite autogestionar su emparejamiento y su fecundidad para dar lugar a las nuevas formas de familia matrifocal con padre ausente. Lo cual ha contribuido a erosionar la tradicional dominación masculina, determinando la progresiva desautorización de la figura paterna.

El segundo rasgo, de gran visibilidad mediática, es la rápida aparición de nuevos estratos de inmigrantes recién llegados, con empleo en el trabajo manual (agricultura, construcción) y los servicios personales (hostelería, limpieza, cuidado de menores y mayores), que pasan a ocupar los peldaños inferiores de la pirámide social, donde empiezan a engrosar las bolsas urbanas de exclusión social en compañía de los segmentos autóctonos más perjudicados por la globalización post-industrial (parados de larga duración, madres sin pareja con cargas familiares, etc). Y su impacto sobre la opinión pública es ambivalente, pues si por una parte se incrementa el riesgo de conflictividad social (dada su competencia con los autóctonos por el acceso a los servicios públicos: salud, enseñanza, vivienda, etc), por otro lado su presencia como nueva clase de servicio ha hecho que todos los demás sectores sociales crean experimentar una cierta movilidad ascendente en términos relativos, haciendo que los antiguos obreros y la pequeña burguesía se consideren por comparación clase media acomodada.

En esta línea, el tercer rasgo políticamente decisivo es el desclasamiento de los asalariados, lo que explica la paulatina decadencia de la izquierda. Al compás del pronunciado descenso de la población ocupada en actividades industriales, se han ido descomponiendo también las redes de solidaridad de las clases trabajadoras, con abandono de sus señas de identidad ideológica y con pérdida progresiva de su conciencia de clase, que se ve sustituida por el retorno del nihilismo antisistema, el radicalismo pequeño-burgués y el oportunismo arribista del sálvese quien pueda. De ahí que muchos antiguos electores de partidos comunistas y socialistas transfieran hoy su voto a formaciones nacionalistas, populistas o xenófobas, reforzando la derechización del electorado.

Finalmente, el rasgo sociológico más novedoso es lo que se ha llamado el fin o la crisis de la clase media (Gaggi y Narduzzi, 2006; Bologna, 2006), entendiéndolo por ello la pérdida tanto de poder adquisitivo como de prestigio e influencia que están sufriendo funcionarios, administrativos, enseñantes y profesionales urbanos, con la consiguiente devaluación de su capital social (Putnam, 2002). Este fenómeno se debe a la creciente saturación de los canales de movilidad ascendente, dada la masificación de los estudios universitarios, lo que ha propiciado el colapso de la meritocracia (Sennett, 2006).

Para situarse y ascender socialmente, hoy de poco sirve la red de influencias y relaciones sociales de los progenitores, cuyo capital social ya no puede heredarse al quedar amortizado por la reconversión económica. Y tampoco bastan los títulos académicos que acreditan como profesional cualificado, cuya devaluación pesa como una losa sobre las oportunidades de integración de los jóvenes. Es el fenómeno de los *mi-leuristas*, tal como se llama en España a los jóvenes con alta calificación académica que sólo acceden a empleos precarios de bajo poder adquisitivo, lo que no les deja emanciparse de sus familias de origen por miedo a perder su estatus social. Y es que cada vez disminuye más la rentabilidad económica medida en suplemento salarial que cabe extraer de los estudios post obligatorios (formación profesional y universidad), con el consiguiente abandono temprano de los mismos para ingresar cuanto antes en el mercado de trabajo (OCDE, 2008).

La consecuencia agregada de esta creciente desestructuración social es la llamada individualización (Beck, 2003) con el consiguiente desclasamiento de los jóvenes, que ya no pueden reproducir el estatus social ni heredar la conciencia ideológica de sus progenitores. Un desclasamiento que afecta tanto a los jóvenes de las clases trabajadoras como a los de clase media, pues unos y otros experimentan la misma dificultad para alcanzar o mantener el mismo estatus que ocuparon en su infancia mientras dependían de sus familias de origen. De ahí que muchos de ellos opten por prolongar indefinidamente su dependencia familiar, aplazando su emancipación adulta hasta edades cada vez más avanzadas (Gil Calvo, 2002). Y este desclasamiento juvenil ha de ser atribuido a la creciente incapacidad de las familias para ‘enclasar’ a sus hijos, dado que la drástica reconversión económica y mediática ha desautorizado a los progenitores incapacitándoles para transmitir a sus hijos su propio capital social y cultural (Flaquer, 1999).

Pues bien, este desclasamiento explica que las trayectorias juveniles ya no puedan autodeterminarse en la misma medida que antes. Por el contrario, dada la creciente desestructuración social, hoy se convierten en trayectorias relativamente *indeterminadas*, en el sentido de que su curso futuro ya no puede predecirse con suficiente certeza a partir del origen familiar de clase, como sucedía en la sociedad industrial, pero tampoco puede asegurarse a partir del capital humano personalmente incorporado, como ha venido ocurriendo hasta hace poco en la posterior sociedad meritocrática. Y en su lugar, el curso futuro de estas nuevas trayectorias inciertas depende hoy de la variación coyuntural de unas fuerzas globales de mercado que los Estados ya no saben controlar.

2. *Trayectorias contingentes*

En este punto he de retomar mi anterior metáfora de las dos temporalidades antitéticas: la flecha del tiempo y la rueda de la fortuna. Tanto las trayectorias juveniles predeterminadas por el origen de clase, típicas de la sociedad industrial, como las trayectorias juveniles autodeterminadas, sólo posibles en la sociedad meritocrática del bienestar, presentaban ambas una común morfología de tipo flecha del tiempo, en

la medida en que su curso temporal apuntaba con certeza suficiente a un destino último seguro y previsible, fuera éste la reproducción del estatus familiar heredado o la carrera profesional correspondiente a los méritos académicos acumulados. Pero esto ya no puede asegurarse hoy.

En la actualidad, el destino último de la trayectoria juvenil ya no puede garantizarse ni predecirse con suficiente certeza, pues la probabilidad de que se reproduzca el estatus familiar originario, o de que se cumplan los objetivos profesionales esperables del título académico alcanzado, ha descendido notablemente. En consecuencia, los esfuerzos personales invertidos para lograrlo pueden parecer comparativamente inútiles, dado que sus rendimientos relativos resultan menos rentables y prestigiosos que los que eventualmente se alcanzan por otras vías más aleatorias, como la aventura migratoria, la delincuencia clandestina, el deporte de competición, el modelado en las pasarelas, la estrategia matrimonial o la cirugía estética (*Sin tetas no hay paraíso*, G. Bolívar, 2006). Lo cual hace de la trayectoria juvenil una especie de lotería o rueda de la fortuna, donde las probabilidades más seguras sólo ofrecen premios muy bajos (el magro sueldo del mileurista) mientras que las más inciertas prometen a unos pocos espectaculares recompensas.

Para despejar equívocos, conviene dejar claro que las viejas trayectorias industriales, determinadas por el origen de clase, y las recientes trayectorias meritocráticas, determinadas por los créditos académicos, se siguen dando objetivamente en la actualidad. En efecto, todavía son mayoría los jóvenes que inician y desarrollan una carrera laboral o profesional que les permite reproducir y aun superar el estatus familiar heredado. Pero junto a ellos crece una legión de jóvenes que no lo logran, que sólo lo consiguen de modo precario y frustrante, o que fracasan tras haberlo intentado. Y también aumenta la lista de los que ni siquiera lo pretenden, prefiriendo recorrer mejor otros atajos más prometedores pero más inciertos o aventurados: inmigrante, pandillero, deportista, actriz, cantante, hacker, freaky, etc. Jugador de fortuna, en suma, como corresponde a unas trayectorias necesariamente contingentes, cuyos resultados no se pueden predecir porque no se corresponden con los méritos previos ni con los esfuerzos realizados: no vencen los mejores o más esforzados sino los más afortunados o mejor relacionados, aunque no lo se merezcan. Un paisaje juvenil heterogéneo y complejo que compone un mosaico de oportunidades vitales cuya probabilidad relativa de éxito resulta imposible de calcular. De ahí que se imponga una estrategia de jugador bursátil que coloca sus huevos en distintas cestas para tratar de apostar sus cartas a todas ellas, ante la imposibilidad de predecir cómo evolucionará el mercado en el futuro inmediato.

A esto me refiero al definir las actuales trayectorias juveniles como indeterminadas, en la medida en que carecen de brújula inequívoca o estrella polar por la que dejarse guiar, si exceptuamos la aventura migratoria atraída como un imán por ese polo norte que representa el Occidente desarrollado al que se dirige la juventud global (Beck, 2008). Por tanto, puesto que ya no apuntan a un sólo destino posible, estas estrategias indeterminadas ya no pueden exhibir una trayectoria vectorial

tipo flecha del tiempo, como hacían antes las trayectorias industriales orientadas por el pasado familiar o las trayectorias meritocráticas dirigidas al futuro profesional. Y en su lugar estas trayectorias apuntan a todas las direcciones a la vez, sin privilegiar ninguna por encima de las demás. En jerga polemológica a la francesa, se trata de una estrategia *tous les azimuts*, cuya morfología temporal es del tipo rueda del tiempo: la rueda de la fortuna, la rosa de los vientos.

Esto ejerce consecuencias decisivas sobre el curso entero de la trayectoria juvenil. Cuando las trayectorias son vectoriales tipo flecha del tiempo, porque apuntan a objetivos estratégicos previamente definidos (la reproducción del origen de clase, la movilidad ascendente por éxito en la carrera profesional), sus etapas constitutivas o fases de transición se sueldan entre sí como eslabones consecutivos para componer una cadena causal que conduce necesariamente hasta su conclusión final: la futura inserción adulta. De ahí que la trayectoria entera deba entenderse como teleológica, en la medida en que apunta hacia su destino final más allá de sí misma, y todos sus pasos transitorios intermedios también apuntan hacia ese más allá que la culmina como su punto final: una meta prefijada de antemano que unifica la trayectoria entera integrándola en un todo continuo al aportarle su sentido último.

Así ocurría con las trayectorias juveniles industriales y meritocráticas, cuya secuencia de desarrollo seguía un curso prefijado a través de pruebas cruciales y decisivas (elección de estudios, de carrera, de empleo y de pareja) que apuntaban teleológicamente hacia su predestinado más allá. Es decir, apuntaban hacia la futura inserción adulta, identificada con el destino de clase o con el éxito profesional, que a modo de salvación o redención constituía su desenlace final. De ahí que Weber se refiriese a la conducción metódica de la propia vida (*metodische lebensführung*) como predestinación o cumplimiento de la vocación personal (*beruf*: oficio o profesión). Pero cuando las trayectorias juveniles están indeterminadas, esto ya no ocurre así.

Ahora ya no hay una sola salida del laberinto juvenil sino muchas posibles salidas distintas, lo que es como decir que no hay ninguna salida definida de antemano. Con ello el proceso de emancipación deja de concluir con la investidura adulta como premio que la corona, y así desaparece o se hace cada vez más borrosa la frontera que antes separaba de forma clara y distinta la juventud de la madurez adulta. De este modo la trayectoria juvenil se desnaturaliza, pues al perder su meta final de llegada deja de ser una carrera de lucha por la vida para convertirse en un viaje sin sentido que ya no conduce a puerto seguro. En consecuencia, la trayectoria entera pierde su trascendencia ulterior, se hace inmanente y se encierra en sí misma para caer en la autorreferencia circular, pudiendo prolongarse indefinidamente mediante el aplazamiento permanente de la emancipación familiar (Gil Calvo, 2005).

Pero con ello la trayectoria también se desintegra, perdiendo como veremos su unidad interna tras liberar a sus elementos componentes. Lo cual convierte en autónomas e independientes a sus distintas fases de transición, que al desintegrarse se desconectan unas de otras y

se enroscan en espiral para realimentarse a sí mismas como círculos a veces viciosos y otras virtuosos. Y con ello, la trayectoria entera deja de ser un medio al servicio de un fin superior (la futura inserción adulta, coincida ésta con la reproducción del estatus familiar o con el logro del éxito profesional) para convertirse en un fin en sí misma, que no sirve ni obedece a ninguna otra finalidad ulterior.

En perspectiva funcionalista, la trayectoria juvenil debería ser un proceso que desempeña la función de programar la futura inserción adulta. Así sucedía con las trayectorias predeterminadas de la sociedad industrial, que ejercían la función de reproducir el estatus familiar de clase, o con las trayectorias autodeterminadas de la sociedad meritocrática, que ejercían la función de desarrollar una carrera profesional. Es lo que Merton llamaba socialización anticipada, en la medida en que las prácticas de entrenamiento realizadas durante la trayectoria juvenil predisponían para la futura ocupación de los estatus adultos, ya fueran éstos los mismos que sus progenitores o más elevados que ellos.

Pero las actuales trayectorias juveniles ya no resultan funcionales porque ya no sirven a esa utilidad superior: ya no socializan anticipadamente porque ya no ejercen la función de predisponer a los jóvenes para la futura ocupación de los estatus adultos. Por el contrario, ahora las trayectorias juveniles sólo se sirven a sí mismas. No programan el futuro adulto sino el presente juvenil. No son funcionales (aunque tampoco necesariamente disfuncionales) para adquirir los futuros estatus adultos sino para ocupar los presentes estatus juveniles. Y no socializan anticipada ni retrospectivamente sino actualmente: inmediatamente.

Antes la juventud servía para hacerse adulto: era el precio a pagar para poder adquirir el derecho a serlo. Pero como ahora la juventud ya no sirve para hacerse adulto se renuncia al intento de conseguirlo, prefiriendo continuar siendo joven a cualquier precio. Ya no se busca salir de la juventud para alcanzar la anhelada madurez adulta sino sólo acomodarse a ella para perpetuarse indefinidamente en su gratificante continuidad. De este modo se pierde la necesaria tensión ética hacia la acción, que para Weber constituía el resorte dinámico motor del voluntarismo, la autorrealización y la construcción del destino futuro.

Pero con ello se cae en la circularidad estacionaria y autorreferente, pues la juventud se ha convertido, como el arte, en un sacrificio gratuito (Bataille). Un lujo inútil, dispendioso y estéril, que no desempeña ninguna función relevante (al margen de su creciente contribución a la demanda de consumo) más que la de satisfacerse a sí misma continuamente. Y con ello la trayectoria juvenil deja de proyectarse como una flecha dirigida hacia el futuro para enroscarse como una pescadilla que se muerde la cola, dando lugar al modelo circular de trayectoria juvenil que sólo sabe dar vueltas sobre sí misma girando indefinidamente como un carrusel, una noria, una ruleta, una cinta de Moebius o una correa sin fin. Es la incierta rueda de la fortuna juvenil.

Esta circularidad autosostenida puede conducir al desarrollo de círculos virtuosos de autocontemplación narcisista (de ahí la innovadora creatividad de las subculturas juveniles), pero también al encierro en

círculos viciosos de contraproducentes efectos perversos. Y entre estos últimos destacan, además de las consabidas epidemias de violencia y autodestrucción (acoso escolar, bandas callejeras, terrorismo nihilista, toxicomanías, etc), otros defectos menos señalados como la caída de la nupcialidad y la fecundidad, la deserción de lo público y el déficit de participación cívica. Prácticas todas éstas que se rechazan para huir de la sacrificada responsabilidad adulta, prefiriendo refugiarse en dudosos paraísos artificiales con mimetismo mediático, consumismo posesivo, sexismo machista o afeminado y conformismo conservador.

3. *Transiciones irrelevantes*

Podría decirse que la circularidad de las trayectorias ha dejado a los jóvenes sin estrategia de inserción adulta, ya que no parece aguardarles en el futuro ningún destino definido, lo que les priva de metas fijas u objetivos a conquistar. Y al carecer de estrategia futura, los jóvenes se refugian en el mero tacticismo, ensayando una tras otra las más diversas tácticas oportunistas que les permitan vivir al día mientras se adaptan al contexto presente más inmediato. Es entonces cuando impone su primacía el concepto de 'transiciones', entendidas como los sucesivos cambios transitorios que se suceden a lo largo de la trayectoria juvenil. Cambios de edad: infancia, adolescencia, primera juventud, madurez adulta... Cambios de nivel de estudios: escuela, instituto, universidad... Cambios de estatus laboral: búsqueda de primer empleo, trabajos iniciales, ascenso en la carrera profesional... Cambios amorosos: primeras relaciones, noviazgo, emparejamiento... Cambios domésticos: salida de casa, vivienda compartida, domicilio propio...

En las trayectorias juveniles industriales y meritocráticas, estas transiciones estaban integradas en un todo continuo que les servía de hilo conductor y guía de referencia. De ahí que las transiciones fueran transitivas o consecuentes, en el sentido de que se sucedían unas a otras al ser cada una consecuencia de la anterior y antecedente de la próxima, constituyendo una secuencia de pasos necesarios que conducían progresivamente hacia la madurez adulta como si fueran los peldaños de una escalera ascendente. Mientras que ahora, al perder su sentido último que las integraba como un todo, las trayectorias se han hecho discontinuas y fragmentarias. Y en consecuencia las transiciones que las integraban como fases transitorias también se han hecho intransitivas o inconsecuentes, en la medida en que ya no dan paso las unas a las otras ni conducen hacia la futura inserción adulta. Por el contrario, ahora son autónomas e independientes entre sí, dejando de constituir los escalones necesarios para ascender la cuesta de la integración social.

En efecto, las transiciones juveniles de la sociedad industrial y meritocrática estaban ordenadas en el tiempo de forma gradual, acumulativa y jerárquica, del mismo modo que también lo está la carrera escolar y académica que entonces les servía de columna vertebral: primero la enseñanza primaria, después la secundaria y por último la superior; y dentro de cada una de éstas, cada curso era la llave de ascenso hasta el siguiente y posterior. Pues bien, de igual modo, las transiciones juveni-

les componían una secuencia de etapas cuyo itinerario había de recorrerse en sentido ascendente sin posible marcha atrás: primero la formación académica (enseñanza y elección de carrera), después el empleo (inicio de la carrera profesional), luego el emparejamiento (noviazgo y matrimonio) y por fin la formación de familia (hogar y progeneratura).

Pero ahora esa secuencia temporal se ha roto y sus piezas pueden barajarse e intercambiarse casi de cualquier modo. Así ocurre sobre todo con la transición más simbólica de todas, por sus implicaciones fisiológicas, emocionales y reproductivas, que es el acceso a las relaciones sexuales. En las trayectorias juveniles de la sociedad industrial, la sexualidad adolescente estaba fuertemente reprimida, pues su acceso legítimo se posponía para reservarlo como premio final que coronaba el proceso, tras ser investido cada joven como adulto maduro. En efecto, los jóvenes sólo podían tener relaciones sexuales habituales cuando ya estaban casados. Es verdad que había grandes diferencias de género, pues las jóvenes no debían tenerlas nunca, porque ello amenazaba sus oportunidades de ascenso matrimonial, mientras que los jóvenes sí podían tener algunas relaciones precarias, esporádicas y clandestinas con sirvientas o prostitutas. De este modo, la represión de la sexualidad encelaba a todos los jóvenes, creando una tensión ética hacia la acción (Weber) que constituía un cebo, anzuelo o estímulo para la integración adulta: si se quería tener sexo legítimo habitual, había que esforzarse y hacer méritos para alcanzar el derecho a casarse y formar familia.

Pues bien, esto ya no ocurre hoy. En la actualidad, la transición a la sexualidad se produce a cualquier edad, y desde luego a edades cada vez más prematuras, pero en todo caso se accede a ella con total independencia del estadio en que se hallen las demás transiciones escolares o laborales. De restringir la sexualidad como premio diferido para estimular los esfuerzos para obtenerla se ha pasado a liberalizarla permitiendo su acceso anticipado y gratuito. Entonces, ¿para qué luchar por merecer y conquistar el derecho a casarse, si ya se puede obtener gratificación sexual sin necesidad alguna de esforzarse? Así, la transición sexual ha dejado de ser la meta final de la trayectoria juvenil (tal como terminaba el final feliz de todos los cuentos: se casaron, fueron felices y comieron perdices) para convertirse en una de sus transiciones iniciales: pero una transición intransitiva, desconectada de las demás transiciones, que ya no posee la llave ni el estímulo de ninguna otra. Y una transición intrascendente, que ya no ejerce consecuencias decisivas, convertida como puro pasatiempo sexual en un juego de niños.

A este proceso se le puede llamar intransitividad, entendiendo por ello la creciente irrelevancia de las transiciones juveniles, que ya no sirven, o sirven cada vez menos, de incentivo de acceso a las demás transiciones futuras. Este fenómeno es muy visible en la transición a la sexualidad, pero se produce también en las demás transiciones, como sucede por ejemplo con la formación educativa. En la sociedad meritocrática, era muy rentable esforzarse en superarla con éxito académico, pues los mejores estudiantes conseguían después los mejores puestos y más tarde las mejores parejas. Pero ya no ocurre así en igual medida.

Como revela el ejemplo español de los mileuristas (becarios con excelencia académica que sólo acceden a puestos precarios), ahora los empleos y los salarios están cada vez más desconectados de los méritos académicos y profesionales: es el declive de la meritocracia denunciado por Sennett (2006). De ahí que crezca el abandono temprano de los estudios a todos los niveles, incluso antes de que concluya la escolaridad obligatoria, con grave retroceso de la formación profesional como revelan las abultadas cifras españolas o portuguesas (OCDE, 2008).

Y esta nueva intransitividad de las transiciones genera también su regresividad, o cuando menos su reversibilidad. Antes, en la sociedad industrial, cada una de las transiciones conducía a la siguiente de forma necesaria, sin posible vuelta atrás. Por ejemplo, la transición del matrimonio conducía irreversiblemente desde el estado civil de soltero al de casado, un nuevo estado civil que ya no se podía perder, pues al disolverse el matrimonio no se regresaba a la soltería sino que se ingresaba en la viudedad o el divorcio como ulterior estado civil. Y algo semejante ocurría con las titulaciones académicas. Al sacar una carrera se obtenía una salida profesional de por vida que ya no tenía vuelta atrás, pues la investidura como médico o ingeniero era irreversible y vitalicia.

Pero ahora ya no ocurre lo mismo. El emparejamiento se ha hecho mucho menos trascendente, por no decir irrelevante, pues la cohabitación informal, que hoy se prefiere al matrimonio, apenas modifica el estado civil de los miembros de la pareja, como demuestra que cuando ésta se disuelve aquéllos vuelven a comportarse exactamente igual que las personas solteras, equivaliendo la viudedad, la separación o el divorcio a una especie de nueva soltería. Y con la titulación académica ocurre lo mismo, pues los diplomas actuales son ahora casi intrascendentes, dada la rapidez con que se devalúan y amortizan, en esta era de cambio tecnológico y formación continua en la que hay que reciclar la capacitación profesional constantemente. Pues si no se hace así, por muy ingeniero que uno sea, el empleo se pierde casi a la misma velocidad con que se pierden las parejas, y se regresa al estatus de parado o estudiante en vías de reconversión profesional.

Todo lo cual ha privado de su antiguo dramatismo como lucha por la vida a las transiciones juveniles, que antes parecían cruciales, trascendentes y decisivas, porque en ellas se jugaba uno literalmente la vida, mientras que ahora parecen casi un juego de niños, de puro irrelevantes, fútiles o banales. De estar cargadas con la tensión dramática de la lucha por la vida han pasado a parecer meros pasatiempos, puro entretenimiento, casi una comedia o quizás una farsa, que se puede protagonizar con displicencia, escepticismo y mucha distancia crítica. Pues ¿quién se puede tomar en serio un itinerario juvenil cuyas etapas transitorias pueden trastocarse al azar sin temor a las posibles consecuencias, como si se barajasen las cartas y los palos de una baraja trucada?

4. Segregaciones emergentes

La desintegración de la temporalidad juvenil también ha generado una nueva segregación entre los jóvenes, que al estar desclasados

ahora ya no es de naturaleza social, como efecto de la división en clases, sino eminentemente cultural, como reflejo de la diversidad de temporalidades. Y al igual que cabía distinguir entre trayectorias de largo plazo y transiciones de corto plazo, también aquí podemos hablar de una segregación fuerte o dura frente a otras segregaciones blandas o débiles. La segregación fuerte es la que separa unas trayectorias de otras, en función de las llamadas 'identidades culturales' (sexo, raza, etnia, religión, territorio...), y las segregaciones débiles son las que diferencian unas transiciones de otras en función de las llamadas 'tendencias' o 'estilos de vida' (prácticas rituales, hábitos de consumo).

Con respecto a las trayectorias, aparecen cuatro categorías derivadas de los tipos culturales de Mary Douglas (1998), en tanto que tipos ideales que resultan de cruzar dos variables dicotómicas: global/local (Nilan y Feixa, 2006; Beck, 2008) y móvil/inmóvil. La juventud global móvil es la que abandona su residencia de origen para iniciar trayectorias de larga distancia; ejemplo: pakistaníes que emigran al Reino Unido. La juventud global inmóvil es la que permaneciendo en su residencia de origen está culturalmente orientada por grupos de referencia global; ejemplo: militantes locales del movimiento altermundista (Gil Calvo, 2007). La juventud local móvil es la que logra emanciparse pronto en su medio social originario; ejemplo: nuevos profesionales urbanos. Y la juventud local inmóvil es la que no logra emanciparse permaneciendo anclada en la dependencia de su familia de origen; ejemplos: mileuristas subempleados pero también inmigrantes de segunda generación.

Y con respecto a las transiciones, se recordará que, como resumí al comienzo, en la sociedad industrial estaban segregadas en función de la estructura de clases. Posteriormente, el Estado de bienestar permeabilizó la estratificación social mediante mecanismos de igualdad de oportunidades (tipo la enseñanza pública obligatoria) que facilitaron la movilidad ascendente. Como resultado, las transiciones juveniles comenzaron a asimilarse y homogeneizarse, para converger en un modelo común de cultura juvenil interclasista que se universalizó sin distinción de sexo, etnia, religión, nacionalidad o clase social.

Pues bien, esa integración universal de la cultura juvenil se está fragmentando ahora, emergiendo por doquier una nueva segregación cuyas líneas divisorias (*cleavages*) ya no reflejan directamente la división en clases sociales, como sucedía en la vieja sociedad industrial, sino que están mediadas por la contraposición de diversos estilos de vida interclasistas, que ya no son universalistas (como el capital humano adquirido en la enseñanza) sino particularistas y relativistas. De ahí que se genere un inédito conflicto intercultural entre las identidades colectivas de los jóvenes, que se les adscriben de origen en función del sexo, la etnia, la religión o la nacionalidad. En este sentido, la reciente experiencia francesa resulta ejemplar, con acontecimientos tan relevantes como la polémica del velo (*hiyab*) en 2003 y el incendio de las *banlieues* en 2005, en la medida en que ambos pusieron de manifiesto la segregación cultural de la juventud franco musulmana de ambos sexos.

Para explicar la influencia determinante de las identidades culturales se alega la sustitución post industrial del capitalismo productivo centrado en el trabajo, que determinaba la estratificación por clases sociales (propietarios contra asalariados), por el capitalismo consumista centrado en el ocio, que favorece la estratificación por estilos de vida (Hamilton, 2006). Así, la adquisición de la identidad personal por parte de los jóvenes ya no se realiza en función del empleo, la carrera laboral o la conciencia ideológica de clase sino en función del consumo diferencial de ciertos estilos de vida, provistos por el mercado, con los que se construye una identidad interclasista que está colectivamente segregada en clave sexual, racial, generacional, confesional o territorial.

Pero con ser cierta en buena medida, esta interpretación no explica por qué las identidades culturales han de estar tan segregadas como ciertamente lo están (Hall y Gay, 2003). El desclasamiento de los jóvenes a causa de la desestructuración social, analizada al comienzo, sólo explica el debilitamiento del conflicto de clases, pero no su sustitución por un emergente conflicto de identidades. Por eso, para explicarlo tenemos que recurrir al fracaso relativo del Estado de bienestar, cuyas agencias creadoras de igualdad de oportunidades para la integración de los jóvenes, y entre ellas la enseñanza especialmente, se han revelado cada vez más incapaces de favorecer la movilidad ascendente.

Como se dijo en Francia para explicar la explosión de las *banlieues* parisinas, lo que ha fracasado son los ‘ascensores sociales’ que debería proveer el Estado. Y en su defecto, la única movilidad ascendente que realmente funciona sólo puede realizarse a través del mercado de trabajo, generador de las crecientes desigualdades de capacidad adquisitiva que se manifiesta en la nueva segregación juvenil emergente. En definitiva, la causa de la segregación juvenil ya no reside en la estructura de clases, anulada por la escolarización y el desclasamiento, pero tampoco en un publicitado conflicto de identidades o ‘choque de civilizaciones’ que no es más que un síntoma externo que manifiesta otras patologías más profundas. ¿Cuáles son éstas?: el rendimiento diferencial del proceso de emancipación juvenil, que favorece a unos pocos en perjuicio de muchos otros y en detrimento de la mayoría.

Hay que advertir que la emancipación juvenil depende de tres instituciones: la familia, el Estado y el mercado (Esping-Andersen, 2000). En la sociedad industrial, era la familia culturalmente homogénea pero estratificada por clase social la que dirigía el proceso de emancipación juvenil con el objetivo estratégico de lograr la reproducción de su patrimonio (Bourdieu, 2007). En la sociedad meritocrática, el Estado de bienestar igualó las oportunidades de emancipación de todos los jóvenes mediante la universalización de la enseñanza. Pero fracasado el Estado de bienestar (que murió de éxito al masificar la enseñanza universal), ahora la familia regresa por sus fueros, como principal agencia determinante del rendimiento diferencial de la emancipación juvenil.

Pero una familia estratificada no sólo por clase social (que sigue siendo determinante, aunque se haya desestructurado) sino ahora también por origen comunitario, dada la heterogénea diversidad cultural

generada por la globalización. Hoy las clases trabajadoras están étnicamente divididas, y por eso el capital social de las familias ya no es de tipo universalista (confianza generalizada en todas las demás familias trabajadoras de su misma clase social) sino particularista, habiéndose fragmentado en compartimentos estancos o enclaves comunitarios a causa de la creciente desconfianza que se siente frente a las demás redes familiares de su misma clase social pero de origen foráneo. De ahí que sus hijos hereden y adquieran un capital social étnicamente segregado, integrándose en grupos de pares culturalmente homogéneos.

Y algo muy semejante ocurre con las familias de clase media, como revela la creciente segregación social entre la enseñanza pública, étnicamente mixta, y la privada, confesionalmente homogénea. En este sentido, la experiencia española es muy reveladora. Antaño, las familias de clase media de orientación liberal, no practicante o progresista llevaban a sus hijos a la enseñanza pública (escuelas e institutos) porque era de mejor calidad aunque fuera interclasista. Pero actualmente, las familias de clase media están huyendo de la enseñanza pública para concentrar a sus hijos en los colegios privados, religiosos en su mayoría, cuya proporción de alumnos está creciendo intensamente.

Y no lo hacen por razones confesionales (pues la práctica religiosa está descendiendo sin cesar) sino por razones tanto sociales (clasicismo) como culturales. Como saben que sus hijos van a tener dificultades de integración adulta, aunque sean laicos o progresistas prefieren llevarlos a colegios católicos porque están étnicamente limpios. Una práctica que arroja como resultado agregado una mucho mayor concentración de menores inmigrantes en la enseñanza pública, lo que redundará en perjuicio de su calidad educativa, dado el bajo nivel escolar de sus familias originarias. Así es como la pescadilla se muerde la cola, pues la consecuencia es que el sistema escolar segrega a la juventud discriminándola en función de su identidad cultural y de su origen familiar.

Ahora bien, dado el desclasamiento estructural que se analizó al comienzo, la estructura familiar por sí sola no explica toda la creciente segregación juvenil. Es verdad que el origen familiar determina el rendimiento escolar diferencial de los jóvenes, según revelan los Informes Pisa. Y también es verdad que la estrategia de las familias consiste en proteger a sus hijos costeadando sus diversas transiciones juveniles todo el tiempo que haga falta (Gil Calvo, 2002) y manteniéndolos preservados del contagio intercultural a fin de incrementar sus oportunidades de integración adulta. Pero el resultado final de la trayectoria juvenil ya no puede ser garantizado ni asegurado por las familias, como antes sucedía en el pasado industrial. Y como la familia ya no puede volver a decidir ni ser determinante, es ahora el mercado el que adquiere la primacía a la hora de discriminar el éxito y el fracaso de la emancipación juvenil. Un mercado tan desigual como la vieja familia clasista o la nueva familia multicultural, pero mucho más ciego, cruel, injusto, despiadado, volátil, imprevisible y discriminatorio que cualquier red familiar.

Lo cual explica que las trayectorias juveniles hayan dejado de ser lineales, deterministas y teleológicas (aseguradas como estaban an-

tes por las familias o por el Estado) para hacerse circulares, inciertas y contingentes, dado que al estar ya sólo determinadas por las coyunturales fuerzas del mercado se han convertido en un giratorio juego de azar que oscila al alza y la baja movido por la rueda de la fortuna. En consecuencia, los jóvenes dejan de obsesionarse por la búsqueda inalcanzable de un destino último cuyo control se les escapa y, como en la fábula de la zorra y las uvas, optan por adaptarse inmediatamente a lo que aquí y ahora encuentran a mano, que son las transitorias y ahora intrascendentes transiciones juveniles, para las que el mercado les provee con toda suerte de estilos de vida publicitados como signos de identidad banal.

Y como las transiciones juveniles ya no son transitivas y consecuentes, sino que se han independizado unas de otras para hacerse autónomas y autosuficientes como si fueran experiencias intransferibles y autistas, ello explica que los signos de distinción y los estilos de vida con que se las identifica y confunde hayan pasado a ser barreras de segregación diferencial. El problema sin embargo es que muchas veces estos estilos de vida identificatorios dejan de ser instrumentos de adaptación a las transitorias transiciones y, tal como ocurre con los irreversibles tatuajes que se inscriben por juego en la piel, se convierten en marcas indelebles de un destino vicario que se adopta como sucedáneo de una emancipación imposible de alcanzar. Lo cual ocurre no sólo con las identidades patológicas (tribus urbanas, bandas criminales, organizaciones terroristas, sectas destructivas) sino con muchas otras prácticas compulsivas (alimentarias o rituales) y hábitos adictivos (modas, drogas, *gadgets* electrónicos y digitales), confirmando que hemos pasado de la alienación del trabajo denunciada por Marx a una nueva alienación del consumo tanto o más despersonalizadora que aquélla.

Enrique GIL CALVO
Madrid, septbre. 2008

Referencias

- BAUMAN, Zygmunt: *Modernidad líquida*, F.C.E., Buenos Aires, 2002.
- BECK, Ulrich y BECK-GERNSHEIM, Elisabeth: *La individualización*, Paidós, Barcelona, 2003.
- BECK, Ulrich y BECK-GERNSHEIM, Elisabeth: *Generación Global*, Paidós, Barcelona, 2008.
- BOLOGNA, Sergio: *Crisis de la clase media y posfordismo*, Akal, Madrid, 2006.
- BOURDIEU, Pierre: *El sentido práctico*, Siglo XXI, Madrid, 2007.
- COLEMAN, James y HUSÉN, Torsten: *Inserción de los jóvenes en una sociedad en cambio*, Narcea, Madrid, 1989.
- DOUGLAS, Mary: *Estilos de pensar*, Gedisa, Barcelona, 1998.
- ESPING-ANDERSEN, Gösta: *Fundamentos sociales de las economías postindustriales*, Ariel, Barcelona, 2000.
- FLAQUER, Lluís: *La estrella menguante del padre*, Ariel, Barcelona, 1999.
- GAGGI, Massimo y NARDUZZI, Edoardo: *El fin de la clase media*, Lengua de Trapo, Madrid, 2006.
- GIL CALVO, Enrique: *Nacidos para cambiar*, Taurus, Madrid, 2001.
- GIL CALVO, Enrique: “Emancipación tardía y estrategia familiar”, *De Juventud* núm. 58, pp. 9-18, INJUVE, Madrid, 2002.
- GIL CALVO, Enrique: “El envejecimiento de la juventud”, *De Juventud* núm. 71, pp. 9-11, INJUVE, Madrid, 2005.
- GIL CALVO, Enrique: “La deslocalización de la protesta juvenil”, *De Juventud* núm. 76, pp. 147-161, INJUVE, Madrid, 2008.
- GOULD, Stephen Jay: *La flecha del tiempo*, Alianza, Madrid, 1992.
- HALL, Stuart y DU GAY, Paul (comps.): *Cuestiones de identidad cultural*, Amorrortu, Buenos Aires, 2003.
- HAMILTON, Clive: *El fétiche del crecimiento*, Laetoli, Pamplona, 2006.
- NILAN, Pam y FEIXA, Carles (eds). *Global Youth? Hybrid identities, plural worlds*, Routledge, London, 2006.
- OCDE: *Education at a Glance: www.oecd.org/edu/eag2008*.
- PUTNAM, Robert: *Solo en la bolera*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2002.
- SENNETT, Richard: *La cultura del nuevo capitalismo*, Anagrama, Barcelona, 2006.